

La Última Frontera

El camino longitudinal que venía del Norte Chico se unía en Putaendo con el que atravesaba la cordillera desde Argentina por el portezuelo de Valle Hermoso, para formar el tramo entre Los Patos y El Tambo, éste último situado a poca distancia al norte de la ciudad de San Felipe. En este punto se juntaba con otro camino transversal que provenía de Mendoza a través del paso de Uspallata. Mientras sitios como Tambillo, Ranchillos y Tambillitos marcan el tramo trasandino, puntos como La Calavera, Juncal, Ojos de Agua, El Camarico, Salto del Soldado, Río Colorado, Primera Quebrada, El Guapi, la Florida y el ya referido El Tambo hacen lo propio con el tramo cisandino.

En la cuenca superior del río Aconcagua, los inkas establecieron su red vial, tambos, centros administrativos, fortalezas y wakas al margen de la población local, ejerciendo el dominio a través de las wakas y de su arte rupestre. Las relaciones con las poblaciones oriundas de la región habrían sido a través de grupos Diaguitas inkaizados. En total, se trataría de unos 20 sitios inkaicos, incluyendo, por cierto, el adoratorio de la cumbre del cerro Aconcagua. Como en el resto del territorio chileno, fue una conquista selectiva y territorialmente discontinua, donde según algunos habrían primado estrategias simbólicas y de acuerdo a otros, estrategias propiamente militares. Lo más seguro, sin embargo, es que se hayan ocupado ambas modalidades, según cada situación particular. Cerro La Cruz y Tambo Ojos de Agua serán los sitios inkaicos analizados en esta sección.



Los inkas dedicaron una capacocha al Monte Aconcagua construyendo un importante adoratorio en la cima de este cerro, el más alto del





Vista del valle de Aconcagua desde lo más alto de Cerro la Cruz. Foto: Andrés Troncoso.

La waka de Cerro La Cruz

Cerca del actual pueblo de Catemu, el sitio Cerro La Cruz está en la margen norte del río Aconcagua, en una estrecha loma escalonada que apunta al valle. Sus ocho estructuras, construidas en técnica de pirca, se distribuyen entre la parte alta del espolón, una puntilla que se desarrolla más abajo v la pronunciada ladera que une ambos sectores de la loma. El sector alto presenta un muro recto y un recinto rectangular con una vista que domina una amplia extensión del valle. El sector intermedio consiste en un muro que se extiende a lo largo de la pendiente v varias plataformas simples o con muros de reforzamiento. El sector baio consta de tres espacios separados por muros paralelos, cuva superficie se encuentra acondicionada con maicillo. El más notable en este sector es un amplio recinto alongado y amurallado con características de plaza. La presencia de cerámicas de estilo Diaguita-Inka y, en menor cantidad, de estilo Aconcagua, así como de una veintena de adornos, herramientas y láminas de cobre y plata, atestiguan la presencia en el lugar de grupos inkaizados del Norte Chico y de Chile central.

Según los investigadores del sitio, desde lo más alto de Cerro La Cruz se pueden observar los solsticios, el océano y el monte Aconcagua y su adoratorio de altura. De ahí que sea razonable pensar que fue un sitio ceremonial con una importante función dentro de la geografía sagrada de los inkas en el valle.

(Continúa en la página 95)





Las cerámicas de Chile cambian de cara

Cuando las mujeres inkaicas entraron al actual territorio chileno con las huestes del Inka, ingresó con ellas la vajilla imperial, pero también la de los pueblos no inkaicos que acompañaban la empresa de conquista. Como las culturas locales poseían sus propias vajillas, la expansión inkaica significó el encuentro de muy diferentes tradiciones alfareras y, seguramente, de diversas prácticas culinarias. Evidentemente, muchas de las tareas de preparación, cocción, servicio, preservación y almacenaje de alimentos que eran usuales en los Andes, tales como asar, secar, salar, fermentar, tostar o contener, eran cumplidas a cabalidad por las vasijas propias de cada grupo, pero aquellas tareas más directamente relacionadas con la hospitalidad estatal estuvieron reservadas para la vajilla del imperio o para las imitaciones de ellas.

La vajilla propiamente imperial se encuentra en los lugares donde los inkas vivían y trabajaban, pero dado que el Estado utilizó por lo general a los *kurakas* locales para administrar las provincias, también se le halla donde los miembros de las elites nativas vivieron y fueron enterrados. En general, mientras los fragmentos de las vasijas de diferente origen aparecen mezclados en las basuras de los lugares donde esta amalgama de grupos étnicos convivió, los ejemplares completos suelen encontrarse depositados como ofrendas en las tumbas adonde esta gente fue enterrada. La revisión de estas colecciones revela el impacto diferencial que tuvo el repertorio de formas y decoraciones de la alfarería inkaica sobre las cerámicas de las diversas culturas locales con las cuales tomaron contacto y, a veces, permite vislumbrar el tipo de relaciones que el estado cuzqueño mantuvo con las poblaciones nativas.

En el extremo norte de Chile, las vasijas de la cultura Arica y del complejo Pica-Tarapacá no acusan mayor impacto ni en la forma ni en la decoración. Distinto es el caso de los pueblos que habitaban la sierra y el altiplano aledaños, donde sus ceramistas produjeron vasijas que imitaban la forma de los aríbalos y los platos cuzqueños. Son piezas cubiertas con un engobe de color rojo, decoradas con diseños geométricos pintados en negro. En el caso de los característicos platos Saxámar, atribuidos a la etnia pacaje, se hallan decorados en el interior con figuras de camélidos estilizadas. Se piensa que la diferencia entre ambas zonas obedece a que esta parte del territorio chileno fue administrado mayormente

desde las alturas, o a lo menos, que los inkas establecieron con las poblaciones de tierras altas una alianza más estrecha que con aquellas de las tierras bajas. En Antofagasta ocurrió algo similar, si bien aquí no parece haber habido grupos altiplánicos monopolizando las relaciones con los inkas. Los alfareros atacameños replicaron la forma de los aríbalos y platos inkaicos, pero mantuvieron la típica superficie pintada de rojo y la ausencia de diseños que caracteriza a su alfarería tradicional. Se puede hablar en todos estos casos de estilos de cerámicas que combinan formas cuzqueñas con modalidades de decoración netamente locales. En Copiapó, en cambio, muy rara vez los alfareros combinaron las formas y diseños propias de su vasijas con las de los inkas.

Es bien conocido que los inkas apreciaban mucho algunas cerámicas elaboradas en estilos de otros grupos étnicos. La cerámica de los pacajes o Saxámar, hecha en el altiplano sur del lago Titicaca, fue al parecer especialmente estimada, ya que pequeñas cantidades de ellas fueron ampliamente distribuidas a través de la mitad sur del imperio. Lo mismo ocurrió al parecer con la cerámica de la cultura Diaguita Chilena, aunque de forma más localizada. Con su foco original entre los ríos Elqui y Choapa, esta cerámica ricamente decorada tenía una larga tradición en ese sector del Norte Chico. El arribo de cerámicas inkaicas produjo la aparición de cántaros, platos y botellas que imitan las formas cuzqueñas, pero que, a la vez, incorporan diversos motivos de origen Diaguita. Por otra parte, las formas tradicionales de vasijas de esta cultura, tales como escudillas, jarros-patos y otras, experimentaron algunos cambios formales y combinaron motivos locales y cuzqueños. Éste es el momento en que aparece también un tipo de escudilla de forma acampanada cuyo origen es un misterio, ya que no es propia de ninguna de las dos tradiciones alfareras. Puede haber sido una innovación de los propios ceramistas Diaguitas durante la fase inkaica de esta cultura.

La distribución de la cerámica Diaguita-Inkaica hacia el norte y sur del corazón del territorio Diaguita, ha conducido a diversos autores a postular una alianza entre los miembros de esta cultura y los inkas. En los valles de Copiapó y Huasco, por ejemplo, la producción local de vasijas inkaicas estuvo dominada por motivos de estilo Diaguita, los que por lo general se hallan pintados sobre formas que copian vasijas



Variación local de las principales categorías de recipientes que caracterizan a la vajilla inkaica en Chile.
Columnas de izquierda a derecha: Cuzco, Arica-Tarapacá, Antofagasta, Coquimbo y Aconcagua-Maipo. Dibujo: Alex Olave y Marco Muñoz.

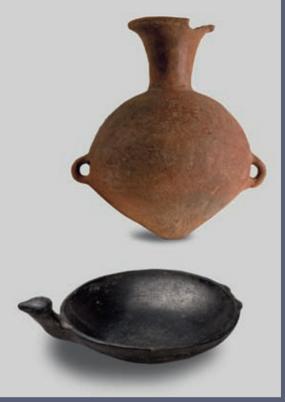
con motivos cuzqueños. Únicamente en casos excepcionales se observa una fusión entre formas de estilo Copiapó con diseños de origen inkaico o Diaguita. En los valles del Aconcagua y el Maipo, en tanto, la producción local de alfarería inka siguió la pauta de copiar formas imperiales, incorporando con frecuencia motivos Diaguitas. De modo similar a Copiapó, en general los motivos locales no fueron incluidos en las imitaciones de vasijas inkas. Tan sólo una pequeña proporción de escudillas de estilo Aconcagua, caracterizados por su forma hemisférica y el color rojo de su superficie, muestra en su interior una decoración que integra patrones decorativos locales e inkaicos. Tal parece que los inkas usaron a sus aliados Diaguitas como genuinos "operadores" para establecerse en el territorio que se extiende entre los valles del Copiapó y el Elqui, como asimismo entre los ríos Choapa y Cachapoal, incluso en zonas trasandinas, como San Juan y Mendoza.



Plato playo Inka-Saxamar, Arica (MASMA)



Plato playo de estilo Diaguita Inka, Copiapó (CP)



Plato playo negra y aríbalo rojo pintado, San Pedro de Atacama (MASPA)

Escudillas, jarro-pato y aríbalo de estilo Diaguita-Inka,





Aríbalos de estilo Inka de Chile central (MCHAP y Colección Área de Antropología Museo Nacional de Historia Natural); Escudillas de estilo Aconcagualnka, valle del Mapocho (MAS-MAVI); Escudilla de estilo Inka -Aconcagua, valle del Cachapoal (MRR).



Vista parcial del Tambo Ojos de Agua, río Juncal, valle de Aconcagua. Foto: Charles Garceau.

El Tambo Ojos de Agua

Sesenta kilómetros al este de la ciudad de Los Andes, por la banda norte del río Juncal y a unos 200 metros de unos manantiales, Tambo Ojos de Agua representaba la última detención en el camino del inka antes de comenzar el ascenso de la cordillera en dirección a Mendoza o, si se venía del otro lado del macizo andino, la primera parada adonde era posible pastear a los animales y gozar de un clima más benigno después de la dura travesía.

El sitio se halla sobre una amplia explanada, apegado a las faldas de unas lomas que lo protegen de los vientos que suben por el cajón del Juncal. Consiste en un muro perimetral en forma de "U" abierta, que corre desde la orilla del río por la base de la loma meridional y luego tuerce al norte por los pies de la loma occidental, hasta llegar a una gran roca, donde vira por corto trecho hacia el este. Más allá de esta roca, dos muros, uno recto v otro en forma de "L", flanquean un segmento de unos 150 metros del camino inkaico que venía de Argentina por el paso de Uspallata. Un muro recto perpendicular a estos dos últimos, pero cortado por la moderna carretera entre Santiago y Mendoza, también parece haber formado parte del conjunto arquitectónico. El asentamiento consta de 24 recintos rectangulares, la mayoría en el interior del muro perimetral, unos pocos fuera de éste y al menos tres de ellos al borde del camino. Sobre una de las lomas se observan dos recintos circulares que han sido interpretados como golgas.

Las excavaciones arrojaron fragmentos de ollas y cántaros sin decoración, así como fragmentos decorados de aríbalos, platos y botellas tipo *aisana*, escudillas de estilo Diaguita, vasijas Inka-Paya y escudillas que recuerdan el estilo Aconcagua. Otros restos comprenden puntas de proyectil, agujas de cobre, discos de pizarra y cuentas de conchas de moluscos de agua dulce y marinos. A juzgar por las basuras, la dieta de los ocupantes consistió principalmente en carne de llama y guanaco, jurel, merluza, maíz, ají, poroto, quinua y papa.

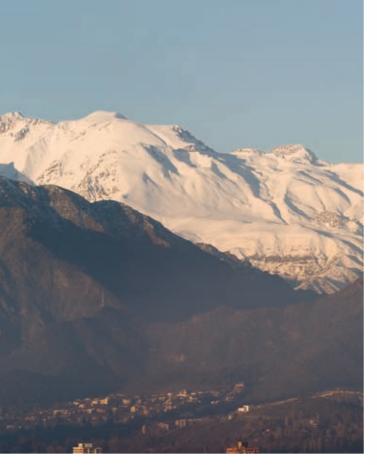
La función más evidente del sitio fue la de posta para el cruce de la cordillera, para lo cual debe haber estado muy bien aprovisionado por los mitayos a su cargo. Se ha planteado, no obstante, la posibilidad de que, además, fuera una de las principales estaciones para ascender el monte Aconcagua, en cuya cumbre los inkas rendían culto a una importante waka regional. Durante la Colonia y en el siglo XIX, el tambo fue intensamente ocupado por los viajeros que hacían la ruta transcordillerana, incluso una de las seis columnas del Ejército Libertador pasó por esta ruta en 1817. Hoy en día, los automovilistas que circulan rauda y cómodamente por la carretera internacional, no sospechan que pasan junto a unos de los puntos más necesarios y esperados antiguamente de toda la travesía de los Andes.



En el cerro El Plomo, que domina la cuenca del río Mapocho, los inkas establecieron un importante adoratorio de altura.

Vista posterior de la figurilla de El Plomo (Colección Área de Antropología, Museo Nacional de Historia Natural).







Figurilla femenina de plata con penacho de plumas y vestida con finos textiles y tupus, perteneciente a la ofrenda del niño de El Plomo (Colección Área de Antropología Museo Nacional de Historia Natural).

El camino de Santiago

Las fuentes etnohistóricas tempranas indican que una vez que el camino inka cruzaba el río Aconcagua en dirección a Curimón, corría con franco rumbo al sur a través del cordón de Chacabuco, las Casas de Chacabuco, Colina La Vieja y Huechuraba. En Quilicura se le unía por el oeste el camino que venía de Quillota por la cuesta de La Dormida y Lampa. Obviamente, en ningún punto al sur del valle de Aconcagua el camino inka puede verse en su forma original. Aparentemente, el camino entraba como una vía única al valle del Mapocho por la actual Avenida Independencia, cruzaba el río por donde alguna vez estuvo el puente de Cal y Canto, pasando por "Paredón y Tambillos del Inca", lugar que debe haber estado frente a la fachada oriente de la Estación Mapocho. Posiblemente, seguía al sur por la calle Bandera en dirección a Calera de Tango,

el cerro de Chada, la angostura de Paine y Cerro Grande de La Compañía, sin que se conozca su punto más austral.

En las cuencas del Mapocho y del Maipo hubo una bien establecida ocupación inka, que se refleja sobre todo en la gran cantidad de cementerios donde se mezclan cerámicas inkaicas, Diaguita-Inka y Aconcagua, esta última correspondiente a la cultura local de Chile central. No se puede dejar de mencionar entre los restos inkaicos el adoratorio del cerro El Plomo, que domina la ciudad de Santiago. Sin embargo, es claro que hubo amplios espacios en ambas cuencas donde el dominio cuzqueño no alcanzó o a lo menos, no estuvo tan firmemente instalado como en las regiones más septentrionales del país.



La fortaleza de Chena

Las fortificaciones inkaicas localizadas al sur del río Maipo revelan cierto clima de inestabilidad y la necesidad de defensa de grupos hostiles más meridionales. Para tratar este tema presentaremos los casos del Pukara de Chena y del Cerro Grande de La Compañía.

La guerra para los inkas estaba estrechamente relacionada con la religión y los combates con sus adversarios estaban cargados con un fuerte contenido ceremonial. Considérese el caso del Pukara de Chena. Al sur de Santiago, este sitio inkaico se levanta sobre una estribación del cordón de Chena, dominando visualmente el curso medio del río Maipo, la angostura de Paine v la waka inkaica de Chada, que controlaba un asentamiento de la cultura Aconcagua situado a los pies de este cerro-isla. La localización de Chena en un punto estratégico para vigilar el movimiento de gente, su emplazamiento en un espolón de difícil ascenso v sus características constructivas dejan pocas dudas de que se trata de una fortaleza. Consta de dos muros defensivos concéntricos, hov derruidos, que circunvalan gran parte del asentamiento. Cada uno presenta en su lado sur sendas entradas controladas desde un par de torreones que vigilan el acceso. El muro superior encierra una extensa área del cerro, en cuva cima hav una explanada o reducto de cumbre con un gran recinto rectangular amurallado. al cual se adosan por el exterior varios recintos menores: uno junto al muro norte, otro cerca de la esquina noroeste y tres apegados a su muro sur. Dos de estos últimos dejan un corredor como único acceso a la explanada de la cima.

Los cementerios asociados al asentamiento indican que sus ocupantes no fueron todos individuos de paso, sirviendo *mitas* en el ejército y regresando al cabo de ellas a sus regiones de origen, sino residentes con suficiente arraigo en la zona como para ser sepultados en el lugar. De hecho, la cerámica de estilo Inka Local depositada como ofrenda funeraria es mayoritaria, siendo las piezas Diaguita-Inka notoriamente más escasas, lo que indica que allí se enterraron de preferencia grupos inkaizados de Chile central. Como en muchas fortalezas andinas, en la de Chena los inkas y sus aliados luchaban contra sus enemigos protegidos por muros defensivos, pero también por el poder de sus ancestros o antepasados.

(Continúa en la página 103)

En el Pukara de Chena los inkas y sus aliados combatieron a sus enemigos protegidos por muros defensivos y por el poder de sus antepasados.



Unku inkaico con pechera en "V" y diseño ajedrezado, usado como túnica militar (MNAAHP, PT-2377). Entr: Daniel Giannoni.





Miniaturas tejidas de túnicas militares ofrendadas en los adoratorios de altura del Volcán Copiapó y Cerro Las Tórtolas (MURA y MALS).



Maza estrellada inkaica hecha en cerámica (MLP, ML-026610) Foto: Daniel Giannoni.



Diseños ajedrezados en túnica de personajes de escudilla acampanada de estilo Diaguita-Inka (MALS).







Tres guerreros de la cultura Wari (ca. 550-1000 d.C.), Perú, vestidos con túnicas ajedrezadas y navegando en balsas de totora, representados en cerámica de estillo Conchopata (tomado de Ochotama y Cabrera 2002)

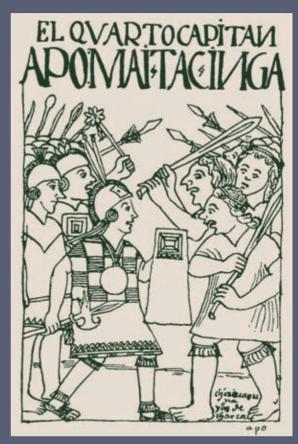
Túnicas para la guerra

La introducción del diseño en damero o ajedrezado en Chile se atribuye comúnmente a los inkas. Se le encuentra en túnicas y bolsas de cementerios inkaicos de Arica. Aparece también en la cerámica Diaguita del tiempo de los inkas. Uno de los mejores ejemplos de la presencia del ajedrezado en esta cerámica ocurre en las ya mencionadas escudillas acampanadas. Se trata de figuras antropomorfas pintadas en el interior de estas vasijas, representadas con las extremidades abiertas y dobladas hacia abajo en ángulo recto, vestidas con túnicas decoradas con cuadros negros y blancos, y a veces, negros, blancos y rojos. Además, el ajedrezado es introducido en Chile bajo la forma de miniaturas de túnicas. Estas diminutas prendas han aparecido como ofrendas inkaicas en adoratorios de montaña tales como Cerro Chuscha, Cerro Mercedario, Volcán Copiapó, Cerro Las Tórtolas, Aconcagua y El Plomo. Cabe resaltar, por lo demás, que de los 300 tokapus del único unku o túnica real que se ha conservado, más de un 10% representen túnicas ajedrezadas como las que aparecen en las miniaturas de estos adoratorios del Collasuyu y particularmente de Chile.

Existe una considerable evidencia de que el ejército del Inka vestía túnicas con diseños ajedrezados muy similares a estas versiones miniaturizadas. Francisco Xerez, por ejemplo, es uno de los primeros en describir al ejército de Atahualpa como vestido con este tipo de túnicas. Otra fuente de la época señala:

E sacan a estos bailes en muchas provincias las divisas de los vencimientos de las naciones que ban debelado, en especial de las armas del inga y sus dibisas, ansi en bestidos como en armas, y de los capitanes valerosos que ba havido entre ellos, como son sus bestidos axedrezados o con culebras pintadas que llaman amaros... (Albornoz 1967[158...?]:22).

Quienes se han ocupado del tema sostienen que, en la mencionada *toccapuccumbi* o túnica real, este tipo de *tokapu* no sólo representaba a una túnica militar o a todas las túnicas militares, sino al ejército inkaico en su totalidad. Por lo demás, las túnicas que visten al menos dos jefes militares en las viñetas del cronista indígena Felipe Guamán Poma en su obra *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*, tienen el motivo ajedrezado (ver página 11, quinto de izquierda a derecha). Desde el punto de vista del diseño, se ha sugerido que las túnicas ajedrezadas son un ejemplo de manipulación visual con fines militares, que estaban hechas para ser usadas en grupos y que la



El Capitán Apo Maitac Inka ataviado con una túnica ajedrezada combatiendo a los indios chiriguanos (Guamán Poma 1980 [ca. 1615]).

construcción de la figura del guerrero inkaico exigía balancear su identidad individual como soldado con la pérdida de su identidad en el grupo en aras de un propósito mayor. Los medios cuadrados de los bordes de la prenda hacían que las líneas de combatientes formados en fila en estrecha proximidad unos con otros, fuesen percibidos y conceptuados como un continuo, abrumando con su potencia gráfica a quienes las vestían e intimidando a sus adversarios en las batallas.

Se puede decir, entonces, que la identificación de este tipo de túnica como divisa del ejército del Inka es un hecho bien establecido. Curiosamente, esto coincide con ciertas representaciones de hombres armados provistos de escudos ajedrezados en las cerámicas de estilo Nasca o ataviados con túnicas ajedrezadas en la cerámicas de estilo Wari, sugiriendo que el significado de este diseño como emblema militar poseía profundas raíces en los Andes Centrales. Empero, no hay hasta ahora una buena explicación de porqué los inkas eligieron al Collasuyu para introducir este tipo de motivo.



Al suroeste del Cerro Grande de La Compañía, el cerro Tren Tren contenía una tumba de varios niños acompañados con cerámicas de diversos estilos locales y algunas vasijas inkaicas (MRR).

El bastión de Cerro del Inga

Al sur de la angostura de Paine, en el Cerro Grande de La Compañía, conocido también como Cerro del Inga, está el asentamiento más meridional del Tawantinsuyu. Es un sitio fortificado que controla visualmente una amplia área de la región. Consiste en tres muros concéntricos que protegen distintos niveles del promontorio y unas 19 estructuras, incluyendo cinco recintos cuadrangulares de uso habitacional, una estructura escalonada, otra circular grande con vano y 11 bodegas circulares más pequeñas. El sector más resguardado se encuentra en la cima de este cerro-isla. De modo semejante al Pukara de Chena, se ingresa al reducto de cumbre por un pasillo situado entre dos recintos que controlan el acceso.

El fuerte revela que los inkas encaraban amenazas de grupos sureños. A los cronistas europeos, por ejemplo, se les dijo que Topa Yupanqui decidió fijar el lindero meridional del imperio en el río Maule. Quizás, fue una manera decorosa de decir que los ejércitos del Inka se toparon allí con las mismas tribus que tanta resistencia opusieron posteriormente a los españoles en la Guerra de Arauco. La Batalla

del Maule, mencionada por varios cronistas, donde las tropas inkaicas habrían sido derrotadas, señala probablemente este punto de inflexión en los afanes de conquista de los cuzqueños hacia el Chile austral. De hecho, no se han encontrado asentamientos probadamente inkaicos más allá del bastión de La Compañía. El sitio La Muralla, situado al sur del río Cachapoal y frente a la laguna de Tagua Tagua, presenta muros con características foráneas, pero no se ha establecido aún su afiliación inkaica. Así, a 2.500 kilómetros del Cuzco. La Compañía marca por ahora el límite meridional del dominio efectivo de los inkas, después del cual se extendía una amplia e inestable zona de frontera, plagada de grupos belicosos, donde la penetración inka tenía el carácter de simples incursiones.

Esta situación no fue obstáculo, sin embargo, para que los inkas se relacionaran con estos grupos mediante acuerdos y contactos de diferente tipo. Prueba de ello es que se han encontrado cerámicas y hachas de metal de estilo inka tan lejos como Valdivia, adonde arribaron tal vez como botín de guerra o, por qué no, de mano en mano a través de vínculos de intercambio. Algunos cementerios locales, por otra parte, como el encontrado en Rengo, evidencian contactos con los inkas. Otro eiemplo de esta volátil situación de frontera se encuentra a unos 22 kilómetros al suroeste del Cerro Grande de La Compañía, en un cerro-isla conocido como Tren Tren, topónimo de fuerte connotación simbólica en las creencias de los mapuches. Se trata de una tumba situada dentro de una cueva sellada, donde fueron sepultadas partes del cuerpo de cuatro niños cuyas edades iban de los nueve meses a los nueve años. Las ofrendas de vasijas que acompañaban a los infantes corresponden mayoritariamente a diferentes estilos cerámicos de origen local. Lo interesante es que comparten el espacio mortuorio con varias vasijas de estilo inka, similares a las encontradas comúnmente a lo largo del Tawantinsuyu. Aunque no es posible profundizar mayormente en el significado de este simbolismo de frontera, llama la atención que en la Araucanía los cerros con este nombre operen como hitos demarcadores y que en el norte del país ciertos cerros se usasen como linderos entre grupos étnicos y como hitos donde los caciques se reunían para conversar sus diferencias y tomar diversos acuerdos.

(Continúa en la página 109)



Unos 20 kilómetros al oriente del oasis de Pica, en el curso medio de la quebrada de Quisma, se encuentra este abrigo rocoso con pinturas o pictografías en las que destacan un motivo parecido a un quipu y un personaje con casco emplumado ataviado con una túnica ajedrezada. Foto: Diego Artigas.



Detalle del personaje con túnica ajedrezada. Dibujo: Constanza Aliaga.



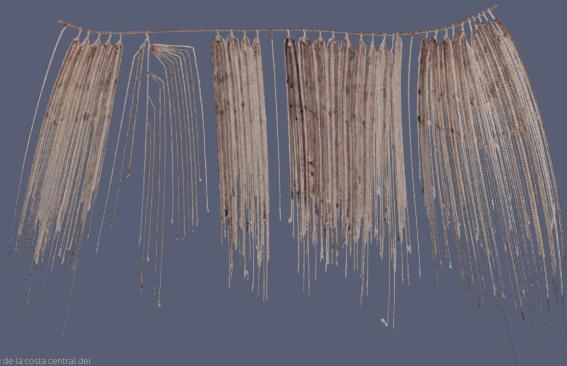
Unku con diseño ajedrezado (MNAAHP, RT-2377). Foto:

COTADORMA TORITESORERO

El arte rupestre de la dominación

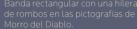
veces junto a caminos inkaicos, en pasos estrechos, de espíritus peligrosos, el Inka mandaba a pintar las rocas con representaciones de unkus o túnicas túnicas. Al parecer, eran parte de los rituales de conquista e incorporación de nuevos territorios al militarmente u obligados por medios diplomáticos a integrarse al Tawantinsuvu, estas imágenes eran inscritas en el paisaje como un recordatorio perdurable de las obligaciones contraídas por los kurakas locales con el Inka.

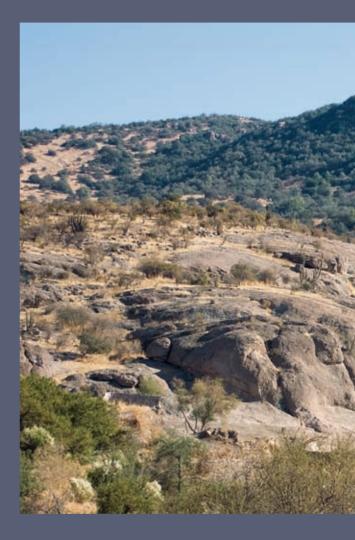
ciertos lugares del Collasuvu, sin embargo, como por disuasivos ante eventuales intentos de rebelión.





Pictografía de un rectángulo ajedrezado en cueva Morro del Diablo, cerca de la Hacienda de Chacaburo, al norte de Santiago.









Garganta rocosa de la quebrada Infiernillo por la cual se accede a la cueva donde están las pictografías de Morro del Diablo.



Una de estas pictografías, localizada junto al camino inka que bajaba del salar del Huasco al oasis de Pica, en el norte de Chile, muestra a la izquierda un *quipu* y a la derecha un guerrero con casco emplumado y túnica ajedrezada. Otro caso notable, esta vez junto al camino inka que cruzaba el cordón de Chacabuco, es el de Morro del Diablo, una cueva situada al norte de Santiago. Las pictografías consisten en bandas con hileras de rombos concéntricos, como los que aparecen en cerca del 25% de los aríbalos inkaicos y en un rectángulo con un diseño ajedrezado que claramente alude a una túnica militar. Probablemente, estas imágenes rupestres señalaban y, a la vez, aseguraban el sometimiento de la población local al dominio cuzqueño.

Jarro inkaico decorado con una banda con hilera de rombos, encontrado en el núcleo del territorio Diaguita (MALS).